

en el mundo de Don Quijote. "Don Quijote en Barcelona es una salsa de perro—dice—, una raya en el agua, indigna de la púrpura imperial". Pero modera: "Mas ¿qué importa ese montón de tierra en medio del vacío bosque donde cantan las aves del paraíso tantas y tan bellas y con tan grata melodía? Mujer fuerte ¿quién la hallará? Obra sin defecto, ¿dónde estará?...". Vuelve otra vez a la carga, sin embargo, ocultando con flores las espinas de su soberbia: "El "Quijote" grandiosa epopeya de costumbres, no pudo haber salido sin ningún desbarro que por el contraste nos hiciese admirar la perfección y gracia de la obra en su conjunto; bien así como el desperfecto fortuito de una cara hermosa está recomendando lo cumplido de las facciones y poniéndonos en el artículo de exclamar: "¡Qué ojos! ¡qué labios! Sin esa excrescencia impertinente, esa mujer fuera una diosa". Todo esto quiere decir, con obligada sordina: émulo, seguidor, discípulo, pero nunca ciego ni incondicional. Obra maestra, pero con defectos. No es una "diosa". Tampoco,—tampoco—lo será la mía.

Montalvo habla de Cervantes, como de todos y como de todo, a tajos de cimitarra, con esa seguridad en sí mismo y esa semibrutalidad de semibárbaro—como él se llamaba—que tiñó todas sus páginas de inocencia y su vida pública y privada de injusticias. De esta misma condición—aunque no sólo de ella, sino también como producto de la actitud general de la crítica de ese tiempo sobre Cervantes—nacerán otras apreciaciones que fácilmente han sido rectificadas por lo estudiosos de nuestro tiempo. Varios párrafos de desaciertos están consagrados a criticar la lengua de Cervantes, o cuando menos a discutirla, fundando sus puntos de vista de genial aficionado a la gramática y a la filología, aficionado con ciertas propensiones al legalismo y la codiguería, en cimientos movedizos. El artista, que eso era Montalvo, quería ponerse científico, y desbarraba al juzgar al otro artista no menos de lo que desbarran los científicos verdaderos.

Apuntemos, con todo respeto, que su prosa no tuvo la llaneza que Cervantes preconizaba ("Llaneza, muchacho, llaneza, que toda afectación es mala"), pues a menudo escribió en difícil. Con razón Rodó señaló en ella "rebusco y acumulación" y apuntó que "sus afinidades han de buscarse, mucho más que en Cervantes, en Quevedo y Gracián" y, a nuestro parecer, especialmente en Gracián. Montalvo alcanzó en difícil, por supuesto, las mayores alturas de la prosa española; lo que no puede decirse de sus imitadores, desgraciadamente, que sin su cultura ni su genio infestan América retorciendo el pensamiento en viejas y anquilosadas formas y en olvidadas o caducas palabras. En los rincones que Montalvo halló oro ellos no encuentran sino pelos de momia.

La crítica de la literatura hispanoamericana se reduce todavía, salvo valiosas excepciones, a algunas brillantes exégesis que sobresalen como islas solitarias en un mar de repeticiones y de lugares comunes embravecidos. No hay en realidad, un serio conocimiento sobre Sarmiento, ni sobre Montalvo, ni sobre Rodó, ni sobre Darío, ni sobre Martí, sino sarmientismo, montalvismo, rodoísmo, rubendarismo o martianismo. Estas enfermedades de la

Dr. E. GARCÍA CARRILLO

ELECTROCARDIOGRAMAS
METABOLISMO BASAL
RADIOSCOPIA

CORAZÓN - APARATO CIRCULATORIO

Consultorio: 100 varas al Oeste de la Botica Francesa

TELÉFONOS: 4328 y 3754

digestión alcanzan verdadera gravedad cuando el escritor no fue sólo escritor, sino político y polemista. Al incondicionalismo literario o lingüístico se adosa el incondicionalismo político, de tal modo que quien piensa, analice y escriba sobre los grandes autores después de haberlos leído corre siempre el peligro de pasar por irrespetuoso o iconoclasta. Y tratar de verlos como fueron, separando al escritor del hombre, al lingüista del político, al poeta del ciudadano, es deber fundamental. Algunas figuras excepcionales por la moral y el talento quedarán intactas; otras dejarán ver sus excesos o sus defectos, que no siempre serán, en un campo o en otro, negación de gloria.

Porque aparte de las limitaciones indicadas hay otras que impuso el modo de ser de Montalvo, "Don Quijote—dice—es un discípulo de Platón con una capa de sandez. Quitémosle su aspada vestidura de caballero andante, y queda el filósofo. Respeto, amor de Dios, hombría de bien cabal, honestidad a prueba de ocasiones, fe, pundonor, todo lo que constituye la esencia del hombre a filosofado, sin hacer mérito de las obligaciones concernientes a la caballería, las cuales, siendo su profesión, son características en él". Personaje "afilosofado" que requiere un autor "afilosofado", condición para la cual le pesaban a Montalvo sus violentas y tercas pasiones.

Ya Rodó en su magnífico estudio, apunta que en él "hay el esgrimidor de ideas; hay aquella suerte de pensador fragmentario y militante a que aplicamos el nombre de **luchador**". Le faltó la altura filosófica de Cervantes y el espíritu humilde de José Martí. De un palo de su libro cuelga a su pobre e intrascendente enemigo, Ignacio Veintimilla. Sus ataques políticos, contra hombres de primera o de última fila de todos los órdenes, alcanzan un tono de ofensa, de diatriba y de furia que desagradan y aun lastiman. No place atacar así a los titanes, ni a los hombres, ni a los infrahombres. "Mi pluma lo mató", dijo cuando supo del sangriento asesinato de García Moreno, "con mezcla de júbilo y soberbia". "En otro vez — cuenta don Isaac Barrera en el **Epistolario** de Montalvo—llegó a aliviar la amargura del desierto una familia ecuatoriana, que fue a vivir a Ipiales... Don Juan pasaba largas horas en casa de dicha familia, en donde era recibido con el más afectuoso respeto. Cierta día, después del acostumbrado palique, se despedía, cuando la señora, su paisana, notó que el pantalón de don Juan tenía una feroz desgarradura.—Pero, don Juan,—le dijo. ¡Qué poca confianza la

suya; por que no me lo ha dicho, y en un santiamén estaba compuesto este pantalón.—Déjelo, doña Alegría; lo roto significa descuido, mientras que lo remendado es pobreza..." Y de un amigo que le recomendará en una ocasión ganarse la vida con la pluma, comenta: "¿Qué habrá pensado este indio de m...? ¿Que mi pluma es cuchara?..."

Hijo de su medio feudal y de los círculos intelectuales aristocratizantes en que vivió más tarde, Montalvo padeció un individualismo desenfrenado. No sintió nunca al pueblo, ni los derechos del pueblo por el pueblo mismo. Luchó, es verdad, contra la tiranía, pero poseído de las mismas ideas de predestinación a la gloria y a la conducción de los hombres que animaban a su gran enemigo García Moreno. En esta limitación no podía detenerse Rodó, porque, hijo de su gabinete y de su tiempo, también habló del indio con lástima despectiva, y de "groseros intérpretes", y de "vasta plebe cobriza", y con otras frases que hacen juego con la de "destripaterrones" con que Montalvo se refería a menudo a los campesinos. Cervantes, hijo del Renacimiento, creía naturalmente en el sabio y no en el vulgo; pero nunca puso en el vulgo a todo el pueblo ni nos presentó a su símbolo, Sancho,—nunca—con desdén ni asco.

El hombre soberbio, el amigo intemperante, el padre olvidadizo, el pueblerino hurao y puntilloso, el parisiense aristocratizante tenía pundonor, como su personaje, pero carecía de varias virtudes. Su "código de moral"—eso quería que fuesen sus "Capítulos"—tenía que adolecer de todas las limitaciones que impondría "su naturaleza de combatiente y entusiasta", como dijo Rodó, y de impulsivo y orgulloso, como podemos decir nosotros, sin que estas verdades empañen su justa fama de estilista. Para evitar hasta la sombra de la injusticia, habría que leer de nuevo todo Montalvo, habría que escudriñar en todos sus trabajos y en su correspondencia, habría que escribir la biografía que hace falta—porque las que existen son, o valiosos trabajos literarios, como el de Rodó y el de Zaldumbide, o minucias domésticas y sin aliento—, y señalar si la justicia o el rencor, si el hambre del pueblo o el orgullo y la ira de Montalvo; si el amor apostólico o sus pasiones personales—o una humana mezcla de todo ello—, marcaron el rumbo de sus actos y de su obra. Quien lo haga podrá afirmar que los "Capítulos", más que un curso de moral, son un tomo más, en prosa magnífica y en pensamiento brillante, del aristócrata panfletario que fue hasta el día de su muerte en París.